á mi interlocutor con una mirada que le prohiba penetrar en terreno vedado.

Y yo, sin embargo, por más que hago por recordar, nunca oí hablar de esta Melinita... ¿Quién es, pues?... ¿Qué tiene de extraordinario para que el Duque la haya preferido á mí, le haya dado un millón y se haya suicidado por su causa?

V

18 de Junio.

La conozco, es decir, me han dado noticias acerca de ella; porque conocerla, ni aun siquiera de vista, no espero que me ocurra en la vida.

Mi primito Arturo de Blazac es quien me ha edificado con el particular. Escribo edificado, y no escandalizado, sin razón ninguna.

¡Qué original es este infeliz de Blazac! Delgaducho, mezquino, rubillo, chatungo, boca pequeña, manos pequeñas, pies pequeños, todo, todo pequeño, se le tomaría, á pesar de sus treinta años, por un alumno del Sagrado Corazón echándolas de joven. Hemos esperado en algún tiempo en la familia que se sacaría partido de él, porque es inteligente é instruído; pero á poco nos ha desencantado á

todos para hacer la gran vida, que es, después de todo, la única manera que tiene de poderse agrandar; pero ni aun así lo ha logrado, cada día es más raquítico y mezquinillo.

Viene á verme de vez en cuando, porque soy buena con él y no le echo sermones de moral; le dejo charlar dando rienda á su lengua viperina, hablando de la partida de vividores y vividoras entre quienes después se da tono diciendo con frecuencia: "Vengo de casa de mi prima la Duquesa de X...,"

Yo le recibo cuando no tengo cosa mejor en que ocuparme, y de igual manera que uno mira las cosas menos puras del mundo. Blazac me sirve como de *Gaceta* mundana, relatando todos los can-can y demás escenas más ó menos sucias de París, con toda la crónica escandalosa de la gran villa de un París que sólo él conoce, un París feo y repugnante, cuyas celebridades galantes le son familiares con cierta intimidad. Hoy, cuando han venido á anunciarme su visita, he estado á punto de negarme, porque no tengo humor de distraerme. Pero el deseo de preguntarle, de hacerle hablar, de saber ciertas cosas, se ha apoderado de mí y le he consentido que pase.

Y á fe que no he perdido mi tiempo. Apenas

se ha sentado en una gran butaca, donde desaparecía por completo su personilla, he dirigido la conversación hacia el punto único que podía interesarme.

—Y bien, primo—le he preguntado,—¿se divierte mucho París todavía á pesar de la estación? Todas vuestras hermosas *Ternuras*, como las llamáis (y confieso que la palabra es linda), continúan aquí, sin haber levantado su vuelo. Háblame un poco de ese mundo curioso.

—Prima—me ha respondido, tratando de alisar un conato de bigotillo rubio invisible,—París se aburre desde que ha perdido su ídolo.

-¿Qué idolo? ¿El General?

—¡Qué disparate! ¡Qué General ni qué ocho cuartos! Su ídolo es mi prima Olga.

—¡Yo! La galantería está bien preparada, por lo mismo que yo no podía esperarla... ¿De qué París hablas, del mío ó del tuyo? Del mío no será, porque nunca lo frecuentas. Lo desprecias, te aburres en él, y él te paga en la misma moneda. ¿Cómo puedes saber, por consiguiente, si me echa de menos? ¿Del tuyo? ¡Oh! Ese, afortunadamente, no me conoce, se ocupa exclusivamente de la señorita Lucy

Seymour, Nelly Beer, Marion de Lorme, Blanca de Closmenil.

—¡Cómo!—exclamó admirado.—¿Conoces todos esos nombres?

—Para conocerlos basta leer el Gil Blas, y lo leo con frecuencia, prefiriéndolo, lo prefiero ingenuamente, á la Gaceta de Francia. Y podría citar otros muchos nombres: Matilde de Montalbert, por ejemplo, Luisa Babin, Enriqueta la Roja, Melinita...

—¡Oh! Lo que es de esa última, nunca habrás visto su nombre en el Gil Blas.

-¿Por qué?

-Está á mal con él.

—Entonces, habrá sido en otra parte. Pero ¿por qué está á mal la señorita Melinita con el *Gil Blas?* Me pones en curiosidad.

-Porque ella ha dicho á Pablo D...

-¿El crack-winner?

Precisamente. Y á Carlos D...

—El intrépido vacia-botellas.

-Justo. Estás muy al corriente, prima.

—¿No es verdad? Sé mi Gil Blas de memoria. Y bien, ¿qué les ha dicho Melinita?

—Que ella no pide ningún reclamo, y que no dará nada á los que se lo proporcionen en el periódico.

—Pero qué, ¿pagan estas señoras porque se cuenten sus proezas?

-Algunas veces, pero no en dinero.

—¿En qué?

—En buenos procedimientos. Se es amable con ellas, y ellas á su vez son amables con ellos. ¿Comprendes?

—No es difícil de comprender. Ocultas tan poco, primo... Ahora me explico por qué se cita todos los días á las mismas mujeres... Ellas son amables... y Melinita no ha querido nunca ser amable con esos señores.

—Á cambio de reclamos, no. Tenía la pretensión de hacer carrera completamente sola.

-;Y la ha hecho?

-¡Ya lo creo! Tiene su millón.

Me estremeci; pero Blazac no lo advirtió, porque es tan miope como chiquitín. Después hice un esfuerzo para preguntar:

-¿Un millón de veras?

—Un millón, y en excelentes valores: obligaciones, acciones de ferrocarril, títulos de la renta al portador. He visto el paquete con mis propios ojos, un gran legajo.

-¿Y ella lo enseña á todo el mundo?

—Gratis: á las mujeres, para hacerlas rabiar; á los hombres, para que sean espléndi-

dos con ella. Ya comprendes que no se le pueden regalar cien pesetas á una mujer millonaria.

Le pareció á Blazac un poco atrevidas sus últimas palabras, y se detuvo como si hubiese dicho una enormidad. Pero yo, que no creo que pueda salir nada enorme de cuerpo tan pequeño, y sin hacer caso ni mostrarme confusa por aquellos arriesgados conceptos, repuse:

—Y cuando no tenía aún tantas riquezas, ¿en qué se ocupaba? ¿Se exhibía, sin duda, á sí propia, aunque con más modestia?

—Ha sido rica inmediatamente, desde sus primeros pasos en la carrera, gracias al barón de Virmeux.

—El barón de Virmeux? ¿Lo conoces, Blazac?

—No, siempre he pensado que era un nombre supuesto. Melinita también ha creído lo mismo. Pero ella se reía de estos pudores. Lo importante era el millón, y lo tuvo. ¡Oh! Ella no pierde el tiempo en inútiles averiguaciones: es una mujer práctica. Nada de maravillosa, por supuesto... Precisamente yo la he formado.

-;Ah! ¡Tú!...

—Es decir—dijo recogiendo sus palabras,—yo... la he lanzado.

-¡Feliz idea y gran título!

Completamente embebido en el asunto, no hizo atención á mis palabras, y continuó:

—La idea no era mala. Cansado hace tiempo de no oir hablar sino de mujeres rubias, poniéndolas en los cuernos de la luna, se me metió en la cabeza hace un año probar que las morenas valen más que las de cabellos de oro... Perdón, querida prima, por mi atrevimiento diciéndote esto á tí, que eres una rubia de delicioso pelo... natural, mientras que las tres cuartas partes de las que por ahí se usan son pintadas ó despintadas, ó usan postizo el color. Todo el mundo lo sabe, y sin embargo, se las prefiere á las morenas... Y se me puso entre ceja y ceja buscar una morena, y, con efecto, la encontré. Ella ha hecho fortuna, y yo... he hecho la prueba que quería.

—En París, y en casa de una rubia á la cual servía como doncella.

—¡Ah! ¿Melinita ha sido doncella?

-Pues sí, y no te admire. La mayor parte de nuestras grandes marcas, como decimos,

50

han empezado por ahí... Yo le quité la criada á la señora, y la he arreglado y vestido.

-¡Vestido también, picarón!

Después le alquilé un cuartito amue-

-¡Qué bien arreglas todo!

—Si yo me hubiese arruinado por ella, ¿qué habría probado? Nada, que me gustaban las morenas, y esto era un caso personal y aislado. Lo que yo quería demostrar es que las morenas deben gustar á todo el mundo, que deben gustar á los demás, y esto lo he probado hasta la saciedad, prima.

—Esa morena no debe probablemente su éxito al color de su cabello, debe tener algo

más llamativo. ¿Es linda?

—No; pequeña, delgadita, ojos profundos, nariz respingona, dientes puntiagudos, verdaderos dientes de loba, labios gruesos muy encarnados, tez mate: hé ahí su exacta fotografía. Ya comprendes, prima, que yo no habría sido bastante estúpido para buscar una linda morena, porque entonces mi demostración habría sido nula, desde el momento en que su belleza, y no el color de sus cabellos, era lo que proporcionaba el triunfo. Y lo que yo había apostado, mi tesis, consistía en que

una morena, simplemente por serlo, vale más que una rubia.

—Vamos, Blazac, eso es burlarse de mi. Nadie me persuadirá nunca de que á una mujer se le da un millón sólo por su negra cabellera. Lo repito, debe tener otra cosa que llame la atención.

—¡Otra cosa! Sin duda tiene, tiene... perdón por mi frase, tiene algo del perro, es decir, es excitante y capaz de turbar la cabeza más tranquila...

--¡Oh! No es preciso más explicaciones. Basta con el ejemplo del perro.

—Y además—continuó sin hacerme caso,— es una verdadera viciosa.

-Enviciada por tí.

—No, lo es de nacimiento. Hay mujeres que vienen al mundo exclusivamente para eso. Se las debería reconocer en ciertos signos exteriores, y ahogarlas á los doce años.

-;Y eres tú quien habla así?

—¿Por qué no? Se puede cultivar el vicio por cuenta propia, y deplorar, sin embargo, sus defectos en los demás... Sí, mientras se rechace la adopción de mi idea de ahogar á las que nacen con esa predisposición, ¡desgraciados de los hombres! En cuanto una de esas

criaturas tenga un interés cualquiera en atraparlos, están perdidos. Los más fríos, los más fuertes, los más invulnerables acabarán por inflamarse y estallar... Precisamente por eso he llamado á la mujer de que hablamos Melinita.

—¿También has sido tú quien la ha bautizado?

—Yo, antes de lanzarla al mundo. Le he dado el nombre de una de las últimas materias explosivas, de la que pasa por hacer mayores estragos.

—Sí, estragos terribles, instantáneos—murmuré tristemente.

—Eso, según y conforme—repuso.—La melinita, que yo he estudiado mucho (ya sabes que yo adoro la química), es una materia explosiva semi-rompiente, semi-lenta, es decir, que en ciertos casos puede obrar con lentitud, como una cuña que se va clavando á fuerza de martillazos en una masa resistente... ¡Oh! He estudiado mucho la cuestión; no bautizo á una mujer como se bautiza á un niño, sin saber por qué se le llama Pedro ó Juan. La he llamado Melinita porque, á semejanza de esta materia, tiene un cierto aspecto dulzón, blando, que parece y que es

absolutamente inofensivo en circunstancias ordinarias. Se la puede estrellar contra otro cuerpo, aproximarla al fuego; no estallará si no está preparada para saltar en pedazos; pero, si lo está, si se la ha puesto al contacto de una buena cápsula fulminante, mucho cuidado, porque la explosión será formidable y espantosa: romperá todo, matará todo, aniquilará todo lo que encuentre á su alrededor.

-Sí, sí, mata-repetí maquinalmente.

Y temiendo que hubiese apercibido mi emoción, me apresuré á añadir:

-Parece que á tí no te ha matado.

—¡Oh, á mí!—exclamó con aire de vencedor, con un nuevo esfuerzo para rétorcer las guías de su ausencia de bigote.—¡He conocido tantas Melinitas! Son peligrosas, especialmente para los prudentes y los fuertes; cuentan con su fortaleza y con su fuerza, creyendo que no tienen que temer nada de enemigo tan pequeño, y lo dejan aproximarse hasta ellos. Parecen ellos acorazados, que no desconfían de un torpedero. Yo, que me reconozco débil y muy poco prudente, siempre estoy en guardia. Así, después de haber lanzado á mi Melinita, he emprendido cobardemente la huída, temiendo que me alcance el estallido. Y aña-

—Á voluntad de los demás, mientras que tu Melinita estalla á la suya cuando quiere hacer daño.

—No siempre; tiene caprichos súbitos, antojos, arranques de locura amorosa, que pueden exponerla, á ella misma también, á serios peligros. Hasta ahora ha sabido sustraerse á esa exposición, porque no ha experimentado verdaderas resistencias, porque ha roto todos los obstáculos. Si encuentra un ser excepcional, dotado de la dureza del acero templado y de la elasticidad de la argamasa de cemento, que resisten á la melinita, se inflamará por sí propia y se consumirá por completo ella sola.

—Y bien, deseo que tropiece con ese ser excepcional la miserable de que hemos estado hablando tanto tiempo...

Y hasta la vista, primo.

22 de Junio.

Con la esperanza de encontrar un poco de fresco en el Bosque de Boloña, después de un día excesivamente caluroso, he comido ayer más temprano que de costumbre, y hacia las ocho dejé el hotel, con mi señora de compañía.

En el Arco de Triunfo di orden al cochero de entrar en el Bosque por la Puerta Maillot. La librea de mis criados, negra, mi landau negro, mi tren oscuro, mi traje de luto, mi sombrero con gran velo, todo este conjunto habría arrojado una nota discordante en el conjunto alegre de la avenida del Bosque, todavía con demasiada luz, y que empezaba á animarse.

Algunos minutos después, al pasar por el pabellón de Ermenonville, se me ocurrió de-

50

tenerme á la orilla de la alameda de las Acacias, cerca de este *restaurant* tranquilo, y menos visible que la Cascada ó el Chateau de Madrid, y satisfacer allí el deseo de mi señora de compañía y mío, de tomar un helado, cosa que ansiábamos, haciéndonoslo servir al coche naturalmente. El lacayo fué á pedir los sorbetes; y esperábamos, cuando una *victoria* muy elegante vino á detenerse frente por frente de nosotros y también pegada al borde de la avenida.

Al punto que se detuvo, la persona que la ocupaba, sin apearse, llamó á uno de los mozos del *restaurant*, diciéndole en alta voz:

—Yo no entro si no hay nadie de mis conocidos. Infórmese si está el Vizconde de Blazac.

Al oir pronunciar el nombre de mi primo Blazac, no pude contener una mirada hacia mi vecina, menos indiferente que la que le dirigí momentos antes.

¡Qué mujer tan rara y qué manera de vestirse tan original! Un gran cuello alto y una corbata de hombre, un gran plastrón; su cuerpo redondillo encerrado en un chaleco y una chaqueta de corte de sastre, aquél de raso blanco y ésta de paño negro; la cabeza cubierta con un sombrero flexible de fieltro como el de los hombres, cubriendo á medias el cabello corto y negro, rizado á la manera que creo se llama á la Belbeuf. Ciertamente que con tal traje se podría dudar del sexo de la persona, si la falda de otomano negro que dibujaba las formas poco pronunciadas, aunque proporcionadas y modeladas suavemente, no la hubieran denunciado.

Mientras que yo tuve esta rápida inspección, trajo el mozo los helados, y yo, por ha cerles honor, levanté el velo, que hasta entonces conservaba bajo.

Apenas descubrí mi rostro, mi vecina hizo un gesto de sorpresa, como si me reconociese; después, enderezándose como si fuera de una pieza en su coche, con las manos apoyadas sobre el pescante y sobresaliendo sólo su cabeza, se puso á mirarme fijamente.

Iba á renunciar á mi helado, á bajar mi velo y á dar la orden de marchar, cuando de repente Blazae, que yo no habia visto venir, se presentó á la portezuela de mi *landau* abierto.

-¿Cómo, prima, tú aquí? Me han dicho que me llamaban, pero confieso que no esperaba...

Me incliné hacia él, y muy bajo y muy rápidamente le dije:

—No soy yo quien te ha llamado, es esa señora de enfrente que está en la victoria. No la mires mientras estés hablando aquí conmigo.

La recomendación llegaba tarde; Blazac la había mirado ya, y exclamó:

-¡Calle, Melinita!

-¡Melinita!

Á mi vez me levanté brusca é instintivamente, pero al punto me dejé caer en los almohadones del coche, donde me arrinconé lo más que pude, como si tratase de alejarme de aquella criatura colocando mayor distancia entre ella y yo. Era el movimiento de una persona á quien se le dice de pronto: "Tened cuidado, ahí está la víbora;, en el primer instante se mira al animal, luego se huye con espanto.

Pero el movimiento que acababa de hacer, el primero, me recordó el de aquella mujer al levantar yo mi velo. ¿Me conocería? ¿Sabría el verdadero nombre del Barón de Virmeux? ¿Se habría dicho á sí misma al verme: "Esa es la mujer del hombre que he matado?...

Entonces me incliné de nuevo para hablar

con Blazac, y siempre con rápidez y muy bajo y con el corazón oprimido:

-;Me conoce? -le pregunté.

—Mucho—respondió.—El otro día, al salir de tu casa, se me ocurrió ir á verla, y á la pregunta de "¿Qué buen viento trae por aquí á Blazac?, le contesté: "Pasaba cerca, porque vengo de casa de mi prima la Duquesa de X...—La Duquesa prima...—Ciertamente, y me enorgullezco en ello.—Y con razón, es la mujer más idealmente bella que conozco. Nunca he visto nada más completo: encanto, distinción, todo lo tiene...,

Blazac iba á continuar, creyendo que estos elogios me lisonjeaban, cuando, por el contrario, me indignaban inmensamente.

—¡Basta!—le dije nerviosa.—¿Cómo me conoce? ¿Dónde me ha visto?

-En varias ventas públicas de caridad.

- Entonces estaría yo sola, sin el Duque?

-Probablemente. No es costumbre que los maridos vayan con VV. á esas cosas. Venderían VV. menos, y los pobres perderían... Te ha vuelto á ver varias veces desde que estás viuda, y te encuentra más linda todavía de luto...

Esta vez no tuve necesidad de interrum-

pirle, porque una voz imperiosa gritó como quien llama á un perro: "¡Blazac, aquí!,

Mi primo, que ha conservado algunos vestigios de buena educación, hizo como que no había oído, y no se movió de su sitio. Pero temiendo yo un nuevo llamamiento, temiendo hasta que se viniese á buscarle hasta mi coche para mirarme más de cerca, bajé el velo, me envolví en el chal y di orden á mi cochero de marchar.

Blazac tuvo todavía el buen gusto de permanecer en el mismo sitio, con su sombrero en la mano, y de no acercarse á su... Ternura, hasta que yo desaparecí.

Arrellanada en un rincón del carruaje, llevada al través del Bosque, en la sombra que se hacía más espesa, entre la bruma que sube de los macizos, veo aún, á pesar de todos mis esfuerzos para lanzar de mi pensamiento, la imagen de aquella mujer, que ha sido mi rival y que me ha hecho viuda... ¡Y cosa singular! En vez de exclamar "¿Cómo ha podido preferirla á mí? ¡Qué obcecación!, en lugar de criticar sus formas y su semblante, me digo: "Sus ojos son pequeños, pero ¡qué mirada! Ojos de ave de presa, que primeramente fascinan á su víctima... Si la nariz es mal dibujada, las

ventanillas son muy movibles, muy abiertas, animando aquella fisonomía y dándole sello particular de vida No respira, sino que aspira... la sangre de sus víctimas sin duda... siempre como los animales carnívoros. Sus dientes, muy blancos, dan mucha expresión á aquella cara, precisamente porque son puntiagudos y desiguales. ¡Ah! Deben saber morder... El cuerpo es menudo sin duda, cuerpo de chiquilla más bien que cuerpo de mujer; pero hay quien prefiere el boceto á la determinación del dibujo, el capullo á la flor, la niña apenas formada á la mujer correcta... Sí, me explico ahora que pueda gustar esta criatura, preferirla á otras, preferirla á todas. Me explico su éxito, su suerte, que sea irresistible, que se le dé por sobrenombre Melinita. Me explico la traición, la muerte de mi marido...

Hé ahí lo que me decia por la noche á través del Bosque, con un tiempo que empezaba á ser tempestuoso y que me ponía febril.

Hoy por la mañana no me digo nada de eso; no me explico nada, y Dios me libre de toda explicación.